

Alicia de Larrocha

La profunda humanidad
de una artista genial

Gonzalo Badenes

He de rendir testimonio de pública gratitud por la amabilidad con la que Alicia de Larrocha se prestó a mantener esta conversación en directo para los lectores de RITMO. La ilustre pianista, poco dada por su temperamento a las entrevistas, me rogó nada más empezar que este diálogo se publicara como “conversación” y no como “entrevista formal”. Lo cierto es que Alicia se mostró en todo momento abierta y espontánea en sus contestaciones, de suerte que no hizo falta plantear un cuestionario rígido. Un tema nos llevó a otro a lo largo de veinticinco minutos, inolvidables para este redactor. Era una fría tarde de enero valenciano, la víspera del concierto que Alicia de Larrocha iba a interpretar en el Palau de la Música con la Orquesta de Valencia y Miguel Ángel Gómez Martínez. El carácter de la genial pianista, su innata modestia y la impronta de absoluta humanidad que traslucen sus palabras, iban a manifestarse poco después en los sonidos del mozartiano *Concierto núm. 21 en Do mayor*. Acaso lo que mejor defina esta conversación sea la ausencia de dogmatismo en las opiniones y recuerdos que jalonan esta carrera, gloriosa como pocas en la historia pianística de nuestro siglo veinte. La aparente inestabilidad que se desprende de algunas observaciones de Alicia confirma que nada en la vida es inmutable. En la suya, sólo el amor apasionado hacia la música explica la paradoja de quien pudiendo alcanzarlo todo en el arte se contenta con afirmar que “todavía no ha hecho nada”. ¡Qué gran lección para un mundo ensoberbecido por pequeños logros!

Entrevista

Es obligado empezar esta conversación felicitándola por la reciente concesión del Premio de la Fundación Guerrero de Música Española.

Lo agradezco mucho, pero todo lo que sean premios es algo que me aturde... me asusta. Trae consigo una cantidad de responsabilidades y de consecuencias que no son para mi forma de ser. Me azaran, es como si se tratase de algo que sucede fuera de mí. Pero agradezco sobre todo el hecho de que hayan pensado en mí. Es mi temperamento. Cada uno es como es. Mi temperamento no es muy extrovertido ni muy de cara al público. No soy amiga de la publicidad, como otras personas. A veces en un momento dado soy extrovertida, porque soy muy variable, pero a los cinco o diez minutos ya no lo soy.

Esa introversión ¿desaparece cuando se sienta al piano, en la sala de conciertos?

Depende también de mi estado de ánimo en aquel momento, si me siento bien, si la acústica me complace.

¿Tiene que ver esto con el público?

El público es algo muy difícil de definir. A veces pienso que más me valdría volverme a casa en vez de estar en la sala de conciertos, y sucede que el público se entusiasma. Otros días en que yo estoy disfrutando, el público no responde. Es algo muy relativo.

¿No es sorprendente, luego de tantísimos años dando conciertos?

Yo no empecé realmente dando conciertos, sino que fue una cosa progresiva. Buscaban ver mis progresos, me pedían tocar un poquito aquí, un poquito allá. Si cuento toda aquella época, efectivamente llevo tocando ya setenta años.

Pero hubo una "primera vez". ¿La recuerda?

Sí. Turina fue quien me hizo tocar por primera vez en público: un minueto de Mozart y una pieza del *Libro de Ana Magdalena Bach*. Turina estaba dando una conferencia sobre el modo de enseñar a los niños, que es algo que en nada tiene que ver con el método de un adulto. Fue en la Academia, con el maestro Frank Marshall. Como ejemplo, me hizo tocar aquellas piecitas. Otro día me sacó a tocar tres cositas más. Pero nada de conciertos en serio. No sé cuándo empecé en serio. Quizás podría decir que fue cuando toqué por primera vez en Barcelona, con Lamotte de Grignon y la Banda Municipal. Y después con Arbós en Madrid. La banda de Lamotte era como una orquesta sinfónica. Todo su repertorio era sinfónico, transcrito por Lamotte para banda, y sonaba que era una maravilla. Recuerdo que Gratacós era el primer flauta, y era como un primer violín.

¿Qué tocó en aquel primer concierto con Lamotte de Grignon?

Toqué un concierto de Mozart, creo que el de la *Coronación en Re mayor*.

¿Fueron difíciles sus primeros años como concertista?

No fue difícil, porque yo no esperaba nada. Todo me venía de sorpresa. Yo era una niña y mi familia nunca enfocó mi vida hacia una verdadera carrera. Mi sueño toda la vida era la música. El resto me lo han ido po-

niendo los demás. Y al final me encuentro en un laberinto del que no sabe uno por dónde salir. Bueno, ahora ya estoy en el caminito de la salida.

En todo caso, luego de haberlo hecho todo en música.

¡Yo no lo he hecho todo! ¡Si no he hecho nada! Si uno piensa; si pudiéramos vivir trescientos años, aún serían pocos para hacer algo. No he hecho nada, sólo vivir dentro de la Música, que ha sido para mí como un alimento espiritual. No he podido vivir sin la Música. ¡Ha sido una cosa tan natural! Mi madre era alumna de Granados y cuando estaba encinta de mí, iba tocando Schumann. De modo que nací ya con música.

¿Pudo tocar desde el principio lo que realmente deseaba?

Hice lo que me gustaba, dentro de lo que mi maestro me iba formando: Haydn, Mozart, Schumann, Bach. Con la música española no empecé hasta que ya era una jovencita. En aquella época en el extranjero no se conocía demasiado la música española. Y por la música española me llamaron para tocar en el extranjero. Ahora, todo el mundo toca música española, y no sólo eso: graban las *Iberias*, *Goyescas*, los *Mompous* constantemente.

Y Vd. hace ahora justamente lo contrario: Ravel, Mozart, Schumann...

Es que ya he grabado mucho. He hecho tres veces *Iberia*, dos veces *Goyescas*, tres veces las *Danzas* de Granados. Pero ha sido por razones del avance técnico en la grabación sonora. Yo hice mis primeras grabaciones de estas obras cuando aún no existía el estéreo, y las últimas las he grabado ya en digital. Por otra parte, creo que la interpretación evoluciona, naturalmente; no es algo estático, está íntimamente relacionado con el ser humano. No creo, sin embargo, que la discografía pueda servir de punto de referencia de esa evolución en general. Hay primeras versiones que nunca han sido superadas por posteriores. Sí se puede observar, con el paso de los años, la evolución de la técnica discográfica.

“Cada uno es como es. Mi temperamento no es muy extrovertido, ni de cara al público; no soy amiga de la publicidad”

Alicia de Larrocha

¡Cuántas anécdotas encerrarán todas esas grabaciones!

Pues sí. Recuerdo que en una de mis primeras grabaciones en los estudios Hispavox, a finales de los años cincuenta, yo estaba tan encinta que todos estaban muy asutados y trajeron una comadrona por si acaso daba a luz.

¿Ni siquiera en tales momentos se permitía unas vacaciones?

¿Vacaciones? No. ¿Qué hago yo en vacaciones si no hay música? En el 57, cuando mi hijito tenía cuatro meses, me invitaron a los cursos de Compostela. Yo en principio dije que no, por el nene. Pero mi esposo, que lo hizo todo por mí, me convenció para que fuese. En aquellos tiempos él se encargaba de todo cuando yo tenía que ausentarme. Puedo decirle con seguridad que si yo he hecho algo, ha sido todo gracias a mi esposo. Era él realmente quien me empujaba a viajar para dar conciertos fuera.

Victoria de los Ángeles y Montserrat Caballé fueron grandes compañeras en aquellos recitales por medio mundo.

Con Victoria hicimos varios recitales en los Estados Unidos, pero hubo sobre todo uno muy especial. Victoria y yo somos muy parecidas. Ella ha tenido el escenario operístico, que es otra cosa, pero como temperamento es muy parecida a mí.

A ambas las ha unido el amor por el Lied. ¿Es mucho más íntimo, para la relación artística, este campo donde piano y voz se funden?

Sí. En mi opinión, en el Lied es donde está la Música pura. En Schumann, en Brahms, en Wolf, Strauss. Ahí está la música pura.

También colaboró Vd. con la inolvidable Conchita Badía.

Conchita fue quien me presentó a Montserrat cuando ésta tenía dieciséis años. Montserrat estaba estudiando con Conchita. Un día, en casa de unos amigos, vino un cantante que interpretaba Wagner en el Liceo y Conchita me invitó a escuchar a una jovencita, alumna suya. Fue entonces cuando conocí a Montserrat. Por entonces era muy delgadita, pero ya tenía ese carácter suyo. Sonriendo, qué digo sonriendo, ¡riendo!... Siempre tan alegre.

¿Y aquel disco Vergara, con canciones de Granados, que Vd. grabó con Conchita Badía?

El disco con Conchita fue ya muy al final, cuando ella tenía casi setenta años. Fue puramente un homenaje a Granados, con motivo de la efemérides del centenario, creo recordar. Se trataba de un documento muy directo de Granados, en el caso de Conchita. En el mío, menos directo, claro. Conchita era una gran pianista, alumna de Granados. Parece que un día el maestro, oyéndola cantar algo de solfeo, le animó a cantar. Y lo hacía con Granados al piano. El maestro le dedicó algunas de las *Canciones Amatorias*. Conchita recordaba siempre que el maestro le decía: "Ven





tú, y mis canciones”. Conchita adoraba a Granados como a un Dios. ¡Qué ironía le jugó el destino a Granados! El éxito de *Goyescas* trajo la invitación del presidente de los Estados Unidos para tocar en la Casa Blanca, y esto hizo que Granados retrasara el viaje de regreso a Europa. Y así se encontró con la muerte. Algo tremendo.

¿Conoció personalmente a Falla?

A Falla lo conocí, sí. Yo tendría unos trece años cuando él se fue a la Argentina. Yo recuerdo que mucho antes asistí al concierto en el Palacio Nacional de Montjuich, donde Marshall tocó las *Noches en los Jardines de España* y Falla dirigió. Y luego, en el Liceo, otro concierto, con Falla dirigiendo y Marshall al piano. Cuando Falla estaba en Barcelona, iba mucho por la Academia Marshall. Y cuando se marchó, salió de Barcelona... La gente tiene una versión de la vida de Falla en la Argentina que no es cierta. Todo el mundo dice que él huyó por la guerra. Un poquitín sí, naturalmente. Pero la verdadera razón es que al empezar la guerra civil todos sus derechos de autor que procedían del extranjero quedaron bloqueados, y él estaba sin un céntimo. Cuando le ofrecieron el contrato en Argentina, para dar conciertos y dirigir, ¿cómo iba a rehusar aquella oferta? Claro que la guerra le afectó moralmente, pero también está la otra parte, la de la subsistencia.

Hablando ahora de algo mucho más reciente, ¿cómo surgió su grabación del *Quinteto de Schumann con el Tokyo*?

El Cuarteto Tokyo era artista de la RCA. Un día nos conocimos en un concierto, y se nos sugirió desde la RCA que hiciéramos algo juntos. El Schumann yo lo ha-

bía hecho antes con el Cuarteto Guarnieri, y con el Emerson. Los del Tokyo se enteraron y me propusieron hacerlo con ellos y después grabarlo. También tocamos juntos el *Quinteto de Brahms*, aunque llegamos a registrarlo. La combinación del *Quinteto* con el *Concierto en La menor* de Schumann fue una decisión de la casa RCA. Ahora hacen cantidad de combinaciones de cosas más antiguas con versiones de otros pianistas. Por ejemplo, hace poco me enteré de que mi grabación del *Concierto* de Khachaturian, de comienzos de los años cincuenta, se ha publicado en un cedé con la versión de Ricci del *Concierto para violín* del mismo Khachaturian.

¿Lleva algún control o índice de sus grabaciones?

No llevo una relación de todos mis discos. Es imposible. Me la han pedido a veces, pero siempre me pregunto: ¿discos u obras?

La serie de conciertos de Mozart ¿se ampliará en el futuro?

No creo. Los discos son otra de las cosas que me asustan mucho. Es algo de un momento y luego nunca, nunca, está como uno quiere. Cuando se termina de grabar un disco, uno querría volver a empezar desde el principio. Es un martirio. Después, hay otras muchas razones que no me gustan. Por ejemplo, las manipulacio-

“Ya he grabado demasiado: tres veces ‘Iberia’, dos, ‘Goyescas’, otras tres las ‘Danzas’ de Granados...”

nes. Si hubiera vivido en los años veinte o treinta, entonces sí, porque en aquella época era auténtico. Lo que quedaba grabado era la interpretación directa, espontánea. Si en un disco había un error, pues bien, ahí quedaba. El factor humano, que es tan importante, se ha eliminado. Y no sólo en el disco, sino en todo. Es tristísimo.

El público pide la perfección...

En todos los países y en todas las épocas ha habido públicos magníficos. Quizá en la actualidad haya un número mayor de aficionados a la música, interesados y entusiastas, que no asisten a los conciertos únicamente por el acto social que representa, sino que escoge repertorios e intérpretes que escuchar por razones muy concretas y estimables. El público va cambiando con todo lo que le rodea. Yo estoy ya “old fashion”.

Fotos: PILAR VAL